

"EL AMOR EN CIEN AÑOS DE SOLEDAD"

XLH
1970
BAR

F-3858



Trabajo que presenta María Cristina Barros Valero, para obtener el Título de Licenciada en Letras Españolas.

ENERO, 1970.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TESIS CON FALLA DE ORIGEN

INTRODUCCION

Quizá García Márquez nunca imaginó, no ya el éxito que tendría Cien Años de Soledad, sino lo que la crítica, los otros escritores y en general cualquier persona que haya leído la novela, han encontrado en ella.

Que Macondo es cualquier pueblo de Hispanoamérica y que por primera vez se ha dicho todo sobre nuestra realidad es lo que afirma la mayoría, y Vargas Llosa lo ha sabido plasmar brillantemente:

Esta representación simbólica, empleando los recursos de la ficción, del desamparo moral, de la alienación del hombre en América Latina es tal vez el mérito más alto de esta novela. Como cualquiera de los Buendía, los hombres nacen hoy en América Latina condenados a vivir en soledad y a engendrar hijos con cola de cerdo, es decir, seres de vida inhumana e irrisoria sometidos a un destino que no fue elegido por ellos. (Vargas Llosa, p. 36).

Sí, Cien Años de Soledad es todo eso pero también abarca mucho más, es la historia del mundo, el Antiguo Testamento; Volkening abunda en el tema:

Dicho sea de paso, me tenía intrigado desde el principio el título de la novela cuya explicación estuve buscando en el estado de casi prehistórico aislamiento en que por largo tiempo se encontraba esa familia Glebae adscripta, pegada al terruño y a su existencia insular hasta darme cuenta de que esa soledad ha de ser concebida, quizás, en el sentido más profundo de una separación de la legendaria tierra de los antepasados, equivalente a la expulsión del Paraíso. Ya que había dado así el primer paso hacia la interpretación en términos bíblicos, lógicamente tenía que seguir el segundo de la búsqueda del pecado original que precediera al destierro de Adán y Eva. Y he aquí que la saga de la familia Buendía nunca se hubiera podido escribir de no haber ocurrido en tiempos remotos aquella caída primordial implícita en la violación del tabú que prohíbe el matrimonio entre parientes cercanos con la preñación de que habrán de nacer de tan sacrílego enlace criaturas "con cola de cerdo". (Volkening, p. 157).

Antiguo Testamento, Edad Media, Renacimiento, Romanticismo, García Márquez lo abarca todo, por eso la novela nos duele, en ella hay algo que nos atañe, que somos nosotros mismos; por esto también Carlos Fuentes habla de la segunda lectura, ya que es necesario establecer una distancia entre nuestras emociones y el libro, porque éste nos compromete profundamente.

El objeto de esta tesina es tratar de presentar lo que me pareció más importante en Cien Años de Soledad, del modo más congruente posible, aunque quizá me cueste someterme, en momentos, al enfoque imparcial y en gran medida escolar que requiere este tipo de trabajo.

Decía que después de la primera lectura era imposible dar un juicio crítico, pero la novela me había dicho algo que me atraía profundamente; para dar con ello decidí releerla. Esta vez me volví a entusiasmar pero más serenamente, y de pronto, en la última página, encontré lo que fue para mí el hilo conductor de la novela. La soledad de los Buendía se centraba básicamente en su incapacidad para amar. Cuando Aureliano contempla el pasado a través de los pergaminos de Melquiades se encuentra con dos parejas, la de sus abuelos, Aureliano segundo y Fernanda del Carpio, y la de sus padres, Meme y Mauricio Babilonia, que se han unido en medio de la indiferencia, por capricho o por lujuria.

La primera pareja que se comunica y entrega realmente es la de Amaranta Ursula y Aureliano. Es, pues, su hijo el que tiene posibilidad de salvar a la stirpe, pero fatalmente los Buendía han perdido sus cien años de oportunidad y en el último Aureliano se cumple la condena de la cola de puerco y también inexorablemente, porque así estaba escrito, se lo comen las hormigas y Macondo desaparece.

Estamos presenciando el problema más importante, no solo de los Buendía sino de la humanidad; podemos cumplir nuestro término sin haber llegado a la comunicación, a la entrega, al amor.

Amor que García Márquez concibe como un sentimiento avasallador, que hace perder el sentido de la realidad y que cuando se da plenamente arrasa con el orden, la moral y la sociedad. No hay términos medios, o es la pasión más desatada o la calma más absoluta. Pide del individuo la entrega y el olvido de todo lo que no sea la pareja y el amor mismo.



CAPITULO I

La pareja inicial de Cien Años de Soledad es la de Ursula y José Arcadio, de ellos arranca la secular estirpe de los Buendía.

En los primeros capítulos encontramos las razones que los llevan a salir de Macondo y de las cuales la principal es el incesto; en la familia existía el antecedente de un hijo con cola de puerco que había sido engendrado por dos tíos de Ursula y José Arcadio, que eran primos; ellos repiten la historia y este hecho es el que los une: "estaban ligados hasta la muerte por un vínculo más sólido que el amor, un común remordimiento de conciencia; Eran primos entre sí". p. 24

Debido a ello Ursula no se atreve a consumar su matrimonio y vive temiendo que la viole su marido. Se unen después de la muerte de Prudencio Aguilar, al que José Arcadio mata porque había declarado que era impotente.

La complicidad, más que el amor, es aquí el vínculo entre los Buendía que salen de Riohacha con un grupo de gente en busca de nuevas tierras; José Arcadio, a manera de Moisés, los conduce hasta Macondo. En este pueblo perdido, alejado de la civilización, recomienza la historia de la humanidad.

Al principio José Arcadio Buendía era una especie de patriarca juvenil que daba instrucciones para la siembra y consejos para la crianza de los niños y animales y colaboraba con todos aun en el trabajo físico para la buena marcha de la comunidad... p. 15

Su mujer no se queda atrás:

La laboriosidad de Ursula andaba a la par con la de su marido. Activa, menuda, severa, aquella mujer de nervios inquebrantables, a quien ningún momento de su vida se la oyó cantar, parecía estar en todas partes desde el amanecer hasta muy entrada

la noche siempre perseguida por el suave susurro de sus polle-
rines de olán. p. 15.

La actitud de Ursula es la de una auténtica matriarca de las socieda-
des primitivas; ella sostiene a los Buendía, es el eje de la familia, la verda-
dera organizadora, la mujer intuitiva, con sabiduría vital. Ursula no canta,
porque ese no es su papel. Sus descendientes son seres conflictivos que li-
bran treinta y tres guerras, defienden su virginidad hasta la muerte o reco-
rren el mundo en busca de aventuras. Los hijos de Ursula lloran en el vien-
tre materno y no saben amar.

El contraste entre la pareja se da una y otra vez:

José Arcadio Buendía, cuya desaforada imaginación iba siempre
más lejos que el ingenio de la naturaleza; y aún más allá del mi-
lagro y la magia... cambió su mulo y una partida de chivos por
los lingotes imantados. Ursula Iguarán, su mujer, que contaba
con aquellos animales para ensanchar el desmedrado patrimonio
doméstico, no consiguió disuadirlo. pp.9-10

Después de los imanes, es la lupa. José Arcadio arriesga, en nombre
de la alquimia y de la ciencia, no solo el patrimonio familiar, sino a veces,
su propia vida. No se puede hablar de un verdadero desamor en el caso de
José Arcadio que no se ocupa siquiera de consolar a su mujer, es simple-
mente que no vive en la tierra; Ursula en cambio es un ser de este mundo, en
ella imperan la sensatez y el sentido práctico, que tampoco conducen a la
unión amorosa.

José Arcadio se pasea por la casa hablando solo y pasando de la Edad
Media al Renacimiento al descubrir, por sí mismo desde el rincón de la cié-
naga que "la tierra es redonda como una naranja", mientras

Ursula y los niños se partían el espinazo en la huerta, cuidan-
do el plátano y la malanga, la yuca y el flame, la ahuyama y la
berenjena . p. 11

Ursula no comprende los intereses de su marido, su afán de saber, su gusto por las invenciones y descubrimientos y por ello predispone a los habitantes de Macondo contra los gitanos, que traen nuevas fuentes de reflexión y experimento para José Arcadio.

Mientras él llena el pueblo con:

turpiales, canarios, azulejos y petirrojos... Ursula se [tapa] los oídos con cera de abeja para no perder el sentido de la realidad. p. 16

Cuando el jefe de familia decide buscar nuevas tierras para vivir, Ursula no se deja convencer y usando armas femeninas, intriga con las otras mujeres del pueblo para impedirlo. Para el esposo la desilusión es terrible, pero Ursula, que

lo observó con una atención inocente y hasta sintió por él un poco de piedad, la mañana en que lo encontró en el cuartito del fondo comentando entre dientes sus sueños de mudanza... p. 19

se mantiene firme y aun ofrece su vida para que Macondo permanezca donde está.

José Arcadio, por su parte, va del más acendrado descuido y de la pérdida absoluta de la realidad al cuidado de él y la ternura más profundos. Si bien durante un largo tiempo se olvida de sus hijos "en parte porque consideraba la infancia como un período de insuficiencia mental, y en parte porque siempre estaba demasiado absorto en sus propias especulaciones quiméricas". p. 21, cuando su mujer se los redescubre "les dedicó sus horas mejores".

El día que Ursula se va tras José Arcadio, el padre

se dejó vencer por la consternación, se ocupaba como una madre de la pequeña Amaranta. La bañaba y cambiaba de ropa, la llevaba a ser amamantada cuatro veces al día y hasta le cantaba las canciones que Ursula nunca supo cantar. p. 37

A José Arcadio le hace falta la presencia de su mujer, que es su apoyo; ella, en cambio, se desenvuelve sola y cuando con una rara intuición y una naturalidad absoluta, descubre a la gente del otro lado de la ciénaga, el camino a la civilización que a su esposo le había sido imposible encontrar, regresa segura de sí misma, indiferente ante las muestras de alegría de José Arcadio, con ropas nuevas y más habitantes para Macondo. Esto último reincorpora a José Arcadio a su actividad del principio

Fascinado por una realidad inmediata que entonces le resultó más fantástica que el vasto universo de su imaginación, perdió todo interés por la alquimia, puso a descansar la materia extenuada por los largos meses de manipulación y volvió a ser el hombre emprendedor de los primeros tiempos... p.39

El primer Buendía, como sus descendientes, vive lleno de inquietudes internas, busca siempre nuevos horizontes y se evade de la realidad a menos de que ésta supere a la imaginación.

Esta primera pareja unida por la complicidad no ha tenido tiempo para el amor; las necesidades inmediatas y vitales piden de ellos más cooperatividad que relación amorosa, y a pesar de que se prestan mutua ayuda, de que José Arcadio necesita a Ursula y de que ella siente a veces ternura por su marido, cada quien vive sumergido en sus actividades; fraguando nuevos experimentos, nuevas expediciones que lo llevan finalmente a la locura y a la vida infinitamente desoladora de junto al castaño, o fabricando muñequitos de caramelo y planeando ampliaciones para la casa que será refugio de varias generaciones de Buendías.

Si entendemos la novela como la historia del mundo vuelta a empezar, Ursula y José Arcadio han de ser considerados como lo que se entiende tradicionalmente como principio masculino y femenino. La maternidad arraiga a la mujer a la tierra, a lo inmediato, la lleva a buscar la seguridad, el ho-

gar estable en el que pueda cuidar y proteger a sus hijos; el hombre, por su parte, no siente este apremio y puede evadirse al mundo de la imaginación y de la ciencia. Entre seres tan radicalmente distintos se puede dar la solidaridad, como resultado de las necesidades inmediatas que hay que satisfacer, pero como no hay un intercambio verdadero, no se puede dar una relación amorosa. No será sino cuando se logre la estabilidad y haya lugar para el ocio en una sociedad feudal que bien podríamos situar en la Edad Media, cuando empiece a presentarse la posibilidad del amor, en las parejas de Remedios y Aureliano, Rebeca y Pietro Crespi, que analizaremos a continuación.

CAPITULO II

La época de las vacas gordas ha llegado a casa de los Buendía; el esfuerzo de José Arcadio y Ursula ha tenido frutos, empieza la prosperidad, ya no hay que luchar tan denodadamente, el feudo está establecido. La familia principal forma una clase privilegiada con los fundadores de Macondo; los nombres mismos de los personajes evocan el medioevo: Magnífico y Gerineldo. En este estado de cosas aparecen relaciones más complicadas que la de colaboradores más que de amantes: _____ de la primera pareja

La casa se llenó de amor. Aureliano lo expresó en versos que no tenían principio ni fin. Los escribía en los ásperos pergaminos que le regalaba Melquíades, en las paredes del baño, en la piel de sus brazos, y en todos aparecía Remedios transformada: Remedios en el aire soporífero de las dos de la tarde, Remedios en la callada respiración de las rosas, Remedios en la clepsidra secreta de las polillas, Remedios en el vapor del pan al amanecer, Remedios en todas las partes y Remedios para siempre. p. 63

Igual que sucederá con Aureliano Babilonia; cuando Aureliano Buendía descubre el amor busca la iniciación sexual no en la pareja sino en una amante y así en estado de embriaguez y lleno de pasión por Remedios llega a casa de Pilar Ternera con quien comprueba su hombría y satisface el deseo que sentía por ella desde que supo que su hermano era su amante.

La figura de Pilar Ternera es interesante desde un punto de vista social, porque representa a la prostitución en esta comunidad que empieza a ser estable y porque además en ella se unen la amante y la madre; por ello José Arcadio y Aureliano inician en su lecho la vida sexual. Pilar Ternera

los hace hombres, pero con el cariño, la dulzura y ¿por qué no? la limpieza con que los trataría una madre. Con esta figura García Márquez muestra una vez más la actitud sana, vital que se tendrá ante el sexo en toda la novela.

En pocas parejas como en la de Aureliano y Remedios se presenta con tanta fuerza la fatalidad del destino de la familia Buendía. Aureliano escoge como objeto de su amor a una niña que inspira más una actitud paternal que amorosa.

Aureliano f. . . había descuidado el taller para enseñar a leer y escribir a la pequeña Remedios. Al principio la niña prefería sus muñecas al hombre que llegaba todas las tardes y que era el culpable de que la separaran de sus juegos para bañarla y vestirla y sentarla en la sala a recibir la visita. Pero la paciencia y devoción de Aureliano terminaron por seducirla, hasta el punto que pasaba muchas horas con él estudiando el sentido de las letras y dibujando en su cuaderno con lápices de colores casitas con vacas en los corrales y soles redondos con rayos amarillos que se ocultaban detrás de las lomas. p.71

Esta niña toma su papel de mujer con una desenvoltura y una gracia sorprendentes.

Remedios había llevado a la casa un soplo de alegría. Se había instalado con su esposo en una alcoba cercana al taller, que decoró con las muñecas y juguetes de su infancia reciente, y su alegre vitalidad desbordaba las cuatro paredes de la alcoba y pasaba como un ventarrón de buena salud por el corredor de las begonias. Cantaba desde el amanecer. Fue ella la única persona que se atrevió a mediar en las disputas de Rebeca y Amaranta. Se echó encima la dispendiosa tarea de atender a José Arcadio Buendía. Le llevaba los alimentos, lo asistía en sus necesidades cotidianas, lo lavaba con jabón y estropajo, le mantenía limpio de piojos y liendres los cabellos y la barba, conservaba en buen estado el cobertizo de palma y lo reforzaba con lonas impermeables en tiempos de tormenta. En sus últimos meses había logrado comunicarse con él en frases de latín rudimentario. Cuando nació el hijo de Aureliano y Pilar Ternera y fue llevado a la casa y bautizado en ceremonia íntima con el nombre de Aureliano José, Remedios decidió que fuera considerado como su hijo mayor. Su instinto maternal sorprendió a Ursula. Aureliano, por su parte, encontró en ella la justificación que le hacía falta para vivir. p.81

García Márquez despierta en nosotros ternura y simpatía por esta criatura no solo al relacionarla con José Arcadio, personaje inolvidable, sino al mostrar la sensatez, el buen tino, el cariño, la vitalidad de esta Remedios a la que no podemos evitar unir en uno de los interminables círculos de la novela con Ursula, Meme y Amaranta Ursula.

Todo parece augurar que Aureliano y Remedios pueden llegar a realizarse como pareja y sin embargo el destino se muestra implacable con Aureliano, que desde el vientre de su madre estaba condenado a no poder amar.

Con la muerte de Remedios desaparecen todas las posibilidades. Podría decirse que al buscar Aureliano como esposa a una niña intuía si no este desenlace, sí cualquier otro impedimento.

La muerte de Remedios no le produjo la conmoción que temía. Fue más bien un sordo sentimiento de rabia que paulatinamente se disolvió en una frustración solitaria y pasiva, semejante a la que experimentó en los tiempos en que estaba resignado a vivir sin mujer. p. 88

Después de esta desilusión se va a la guerra y tiene relaciones sexuales con placer, pero sin participación emocional alguna.

Tuvo diecisiete hijos varones de diecisiete mujeres distintas, que fueron exterminados uno tras otro en una sola noche, antes de que el mayor tuviera treinta y cinco años. p. 94

Esta vida solitaria es resumida por Ursula, que ya vieja reflexiona sobre la vida de sus hijos,

Se dió cuenta de que el coronel Aureliano Buendía no le había perdido el cariño a la familia a causa del endurecimiento de la guerra, como ella creía antes, sino que nunca había querido a nadie, ni siquiera a su esposa Remedios o a las incontables mujeres de una noche que pasaron por su vida y muchos menos a sus hijos [...]. Llegó a la conclusión de que aquel hijo por quien habría dado la vida, era simplemente un hombre incapacitado para el amor. p. 214

En pocos personajes como en Aureliano se hace tan patente esta soledad, fruto de la imposibilidad de entrega amorosa, esta condena irrevocable a no saciar un ansia de comunicación, de ternura y afecto.

CAPITULO III

En la misma época en que Aureliano se enamora de Remedios, Rebeca, la hija adoptiva de los Buendía, se enamora de Pietro Crespi, "hombre angélico de manos pálidas y sin anillos" que por su gran diferencia con el resto de los habitantes de Macondo hace decir a José Arcadio que es un marica.

Cuando Crespi termina de instalar la pianola que Ursula había encargado para la casa nueva, deja tras de sí a una Rebeca desesperada, que en medio de su tristeza vuelve a sus costumbres infantiles y se pasa horas chupándose el dedo y comiendo tierra húmeda. Aparece una intermediaria, - Amparo Moscote, quien le entrega una carta de Pietro Crespi. Desde entonces

Rebeca esperaba el amor a las cuatro de la tarde bordando junto a la ventana. Sabía que la mula del correo no llegaba sino cada quince días, pero ella la esperaba siempre, convencida de que iba a llegar un día cualquiera por equivocación. Sucedió todo lo contrario: una vez la mula no llegó la fecha prevista. Loca de desesperación, Rebeca se levantó a media noche y comió puñados de tierra en el jardín con una avidez suicida, llorando de dolor y de furia, masticando lombrices, tiernas y astillándose las muelas con huesos de caracoles. Vomitó hasta amanecer. Se hundió en un estado de postración febril, perdió la conciencia y su corazón se abrió en un delirio sin pudor. Ursula escandalizada forzó la cerradura del baúl y encontró en el fondo, atadas con cintas color de rosa, las dieciseis cartas perfumadas y los esqueletos de hojas y pétalos conservados en libros antiguos y las mariposas disecadas que al tocarlas se convirtieron en polvo. p. 63

Rebeca siempre mostrará en sus relaciones una pasión incontenible, una ansiedad que esconde en el fondo el deseo casi animal de la entrega física. Su actitud contrasta con la pasividad de Pietro Crespi y esta diferencia, unida a los sucesivos impedimentos para que se realice la boda, ha-

con que el noviazgo se vuelva

una relación eterna, un amor de cansancio que nadie volvió a cuidar, como si los enamorados que en otros días descomponían lámparas para besarse hubieran sido abandonados al albedrío de la muerte. Perdido el rumbo, completamente desmoralizada, Rebeca volvió a comer tierra. p. 82

Es en este momento cuando aparece después de una larga ausencia José Arcadio, que es una imagen indiscutible de la potencia sexual

La tarde en que [Rebeca] lo vio pasar frente a su dormitorio pensó que Pietro Crespi era un currutaco de alfeñique junto a aquel protomacho cuya respiración volcánica se percibía en toda la casa. Buscaba su proximidad con cualquier pretexto. En cierta ocasión José Arcadio la miró el cuerpo con una atención descarada y le dijo: "Eres muy mujer hermanita". Rebeca perdió el dominio de sí misma. Volvió a comer tierra y cal de las paredes con la avidez de otros tiempos, y se chupó el dedo con tanta ansiedad que se le formó un callo en el pulgar. p. 85

El deseo lleva a Rebeca a constantes regresiones hasta que dejando a un lado el incesto, pues ambos creen que son hermanos, se unen buscando el placer y en su relación lo realmente importante es la insaciabilidad de ambos.

El matrimonio se lleva a cabo cuando Ursula aclara que no hay parentesco entre ellos, pero son expulsados de la casa y desde entonces aquel "protomacho" cambia por completo:

José Arcadio había doblado la cerviz al yugo matrimonial. El carácter firme de Rebeca, la voracidad de su vientre, su tenaz ambición, absorbieron la descomunal energía del marido, que de holgazán y mujeriego se convirtió en un enorme animal de trabajo. Tenían una casa limpia y ordenada. Rebeca la abría de par en par al amanecer y el viento de las tumbas entraba por las ventanas y salía por las puertas del patio, y dejaba las paredes blanqueadas y los muebles curtidos por el salitre de los muertos. p. 102

Este último párrafo sorprende un poco, pero García Márquez ya ha venido anunciando, desde la primera aparición de Rebeca, sus tendencias necrofílicas, ¿No resulta absolutamente congruente esta Rebeca que vive

junto al panteón, que respira el aire de los muertos, con aquella que se presenta un día en la casa de sus suegros con un talego que guarda los huesos de sus padres. Con una Rebeca que come tierra con "ansias suicidas" aferrándose a estas regresiones que tienen más que ver con la muerte que con la vida?

Tampoco resulta extraño que se encierre en la casa al morir su marido, que se convierta en un fantasma vivo y se despeda desde la ventana de Arcadio y de Aureliano Buendía cuando estos se encuentran frente al pelotón de fusilamiento, como si fuera una mensajera de la muerte.

El amor no se da en esta mujer extraña y aparentemente contradictoria, porque es más parte de lo telúrico, de lo primitivo, del instinto, y por ello busca la satisfacción sexual exclusivamente. Cuando parece que la ha encontrado, José Arcadio desaparece en las circunstancias misteriosas que García Márquez no desea aclarar.

CAPITULO IV

De todos los personajes de Cien Años de Soledad el más complicado es Amaranta.

Su soledad se hace más evidente porque a cada momento proclama una gran capacidad de entrega y un deseo enorme de amar. Tres personajes son decisivos en su vida: Pietro Crespi, Gerineldo Márquez y Rebeca; hay también dos elementos secundarios pero importantes, su sobrino Arcadio José y su sobrino nieto José Arcadio con quienes mantiene relaciones incestuosas, que nunca llegan a culminar. El día de su muerte Amaranta puede gritar desde su habitación que " se [iba] de este mundo como vino".

Desde la primera manifestación amorosa se nos presenta este carácter tortuoso, contradictorio, que va a hacerse más patente a lo largo de la novela.

Al descubrir la pasión de Rebeca que no fue posible mantener en secreto a causa de sus gritos, Amaranta sufrió un acceso de calenturas. También ella padecía la espina de un amor solitario. Encerrada en el baño se desahogaba del tormento de una pasión sin esperanzas escribiendo cartas febriles que se conformaba con esconder en el fondo del baúl. p. 65

Se recupera de las calenturas pero toma la decisión de impedir la boda de Rebeca, aunque para ello tenga que recurrir al asesinato. Su actitud terminante y fría se vuelve más recalcitrante después de que le confiesa su amor a Pietro Crespi y éste la trata "como a una chiquilla caprichosa".

Amaranta se sintió humillada y le dijo a Pietro Crespi con un rencor virulento, que estaba dispuesta a impedir la boda de su hermana aunque tuviera que atravesar en la puerta de su propio cadáver. Se impresionó tanto el italiano con el dramatismo

de la amenaza que no resistió la tentación de comentarla con Rebeca. Fue así como el viaje de Amaranta siempre aplazado por las ocupaciones de Ursula se arregló en menos de una semana. Amaranta no opuso resistencia, pero cuando le dió a Rebeca el beso de despedida, le susurró al oído:

-No te hagas ilusiones. Aunque me lleven al fin del mundo encontraré la manera de impedir que te cases, así tenga que matarte.
p. 70

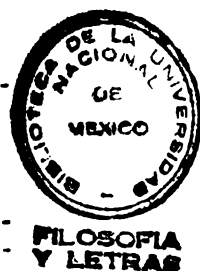
En efecto, Amaranta no cesa en su empeño y aun decide "con espantosa frialdad" que envenenaría a su rival con láudano. Aunque la boda no se realiza por circunstancias que ya se plantearon en el capítulo anterior, Amaranta "jamás logró superar su rencor contra Rebeca", actitud que cobra importancia cuando la hija de Ursula llega a la vejez, como veremos más adelante.

Pietro Crespi, desilusionado por la boda de la que fuera su novia, continúa por inercia, visitando la casa de los Buendía y contra lo que pudiera pensarse Amaranta se muestra tierna y solícita con él, y con su actitud conquista para sí el amor del italiano

Amaranta lo atendía con una cariñosa diligencia. Adivinaba sus gustos, le arrancaba los hilos descosidos en los puños de la camisa, y bordó una docena de pañuelos con sus iniciales para el día de su cumpleaños {...} Para Pietro Crespi, aquella mujer que siempre consideró y trató como a una niña, fue una revelación. Aunque su tipo carecía de gracia, tenía una rara sensibilidad para apreciar las cosas del mundo y una ternura secreta {...} Pietro Crespi le pidió que se casara con él. Ella no interrumpió su labor. Esperó a que pasara el caliente rubor de sus orejas e imprimió a su voz un sereno énfasis de madurez:

-Por supuesto, Crespi-dijo-, pero cuando uno se conozca mejor. Nunca es bueno precipitar las cosas. p. 87

Parece que el amor hubiera transformado a esta Amaranta vengativa, rencorosa y llena de odio en una mujer que realmente guardaba dentro de sí una ternura que solo descubre ante el ser amado. La relación continúa:



Era un noviazgo crepuscular. El italiano llegaba al atardecer, con una gardenia en el ojal, y le traducía a Amaranta sonatos de Petrarca. Permanecían en el corredor sofocados por el orégano y las rosas, él leyendo y ella tejiendo encaje de bolillo, indiferentes a los sobresaltos y las malas noticias de la guerra, hasta que los mosquitos los obligaban a refugiarse en la sala. La sensibilidad de Amaranta, su discreta pero envolvente ternura habían ido urdiendo en torno al novio una telaraña invisible que él temía apartar materialmente con sus dedos partidos y sin anillos para abandonar la casa a las ocho. p.97

Entregados a un amor romántico que nada logra ensombrecer, los amantes hablan de Italia, juntan dibujos en un álbum y parecen realmente felices; nadie duda que la boda se realizará. Resulta increíble que con estos antecedentes, Amaranta rechace a Crespi con absoluto despego "No seas ingenuo Crespi -sonrió-, ni loca me casaría contigo".

No sabemos si realmente Amaranta estuvo alguna vez dispuesta a casarse con el italiano y lo rechaza porque en ella va a ser compulsivo evitar la unión cuando ésta es inminente o si, en verdad, había preparado su trampa como una araña diligente, trampa tan bien tendida que el desenlace es el suicidio de Crespi.

Un amor extraño el de Amaranta, que, cuando puede alcanzar lo que para cualquiera sería la culminación de su afecto, rompe con todo y guarda para sí esta pasión juvenil, llevando siempre en la mano la venda negra, símbolo de la muerte de Crespi y de su frustración como mujer y de su virginidad.

Años más tarde, cuando Gerineldo Márquez pretende casarse con ella, la historia se va a repetir, conservando las características principales de la relación anterior. Como en su juventud, Amaranta parece decidida a afianzar este noviazgo. Con la misma devoción con que la pretendió Crespi, el coronel

la visitó todas las tardes. Muchas veces, cuando no estaba presente Remedios, la bella, era él quien daba vueltas a la rueda de la máquina de coser. Amaranta se sentía turbada por la perseverancia, la lealtad y la sumisión de aquel hombre investido de tanta autoridad, que sin embargo se despojaba de sus armas en la sala para entrar indefenso en el costurero, pero durante cuatro años él le reitero su amor y ella encontró siempre la manera de rechazarlo sin herirlo, porque aunque no conseguía quererlo ya no podía vivir sin él. p. 143

La obsesión por la figura de Rebeca persiste en Amaranta y la transfirió en esta ocasión a Remedios, la bella, cuando se da cuenta de su hermosura; llena de los celos que antes sintiera por su hermana "y rogándole a Dios que no la arrastrara hasta el extremo de desearle la muerte, la desterró del costurero". p. 143

Si para deshacerse de Crespi no encontró una razón de peso, el impedimento que la plantea a Gerineldo Márquez para no aceptar ser su esposa resulta insostenible

el día en que el Coronel Gerineldo Márque le reiteró su voluntad de casarse con ello lo rechazó.

-No me casaré con nadie -le dijo- pero menos contigo. Quieres tanto a Aureliano que te vas a casar conmigo porque no puedes casarte con él.

Gerineldo Márquez insiste más tarde en que se casen y Amaranta rehusa otra vez, a pesar de sí misma.

no logró convencerla. Una tarde de agosto, agobiada por el peso insoportable de su propia obstinación. Amaranta se encerró en el dormitorio a llorar su soledad hasta la muerte después de darle la respuesta definitiva a su pretendiente tenaz:

-Olvidémonos para siempre -le dijo-, ya somos demasiado viejos para estas cosas. pp. 143-4

Amaranta no solo demuestra que puede amar y despertar amor, sino que, en sus relaciones con sus sobrinos, no puede uno menos que reconocer una gran sensualidad pero siempre evita la realización plena, la entrega ab-

soluta, como si algo interno, mucho más poderoso que ella misma, la instara una y otra vez a vivir para sí recordando su lejano amor por Pietro Crespi.

No podemos sino repetir el juicio que Ursula hace de su hija ya en la vejez

Amaranta [...] cuya dureza de corazón la espantaba, cuya concentrada amargura la amargaba, se le esclareció en el último examen como la mujer más tierna que había existido jamás y comprendió con una lastimosa clarividencia que las injustas torturas a que había sometido a Pietro Crespi no eran dictadas por una voluntad de venganza como todo mundo creía, ni el lento martirio con que frustró la vida del coronel Gerineldo Márquez había sido determinado por la mala hiel de su amargura, como todo mundo creía, sino que ambas acciones habían sido una lucha a muerte entre un amor sin medidas y una cobardía invencible, y había triunfado finalmente el miedo irracional que le tuvo siempre a su propio y atormentado corazón. p. 214

Sin embargo, hay un elemento que se esboza apenas y que podría aclarar en cierta medida la contradictoria actitud de Amaranta Buendía. Me refiero a su relación con Rebeca, relación unilateral y a distancia en la que aparentemente impera el rencor.

La única que no había perdido un solo instante la conciencia de que (Rebeca) estaba viva, pudriéndose en su sopa de larvas era la implacable y envejecida Amaranta. Pensaba en ella al amanecer, cuando el hielo de su corazón la despertaba en la cama solitaria, y pensaba en ella cuando se jabonaba los seños marchitos y el vientre macilento y cuando se ponía los blancos pollerines y corpiños de olán de la vejez, y cuando se cambiaba en la mano la venda negra de la terrible expiación. Siempre a toda hora, dormida y despierta, en los instantes más sublimes y en los más abyectos, Amaranta pensaba en Rebeca, porque la soledad le había seleccionado los recuerdos y había incinerado los entorpecedores montones de basura nostálgica que la vida había acumulado en su corazón y había purificado, magnificado y eternizado los otros más amargos. Por ella sabía Remedios, la bella de la existencia de Rebeca. Cada vez que pasaban por la casa decrepita le contaba un incidente ingrato, una fábula de oprobio, tratando en esa forma de que su extenuante rencor fuera compartido por la sobrina... p.190

Resulta significativa en la primera parte de la cita, esta enumeración de actos cotidianos que conllevan cierta sensualidad física, siempre acompañados por el recuerdo de Rebeca; después la mención del rencor hacia la hermana que puede explicarse como el odio que se guarda a quien en cierta medida le impidió realizar su femineidad, aunado a la envidia por la belleza de Rebeca o, y esta es la proposición por la que me inclino, como amor por esta hija adoptiva de los Buendía, que por ser absurdo ante una mentalidad como la de Amaranta y en una sociedad tan cerrada como la de Macondo, resulta inexpresable, porque el amor es función exclusivamente procreadora y social.

El párrafo que irá a continuación es muy iluminador a este respecto:

Nadie se dió cuenta en la casa de que Amaranta tejió entonces una mortaja para Rebeca. Más tarde cuando Aureliano triste contó que la había visto convertida en una imagen de aparición con la piel cuásteada y unas pocas hebras amarillentas en el cráneo, Amaranta no se sorprendió, porque el espectro descrito era igual al que ella imaginaba desde hacía mucho tiempo. Había decidido restaurar el cadáver de Rebeca disimular con parafina los estragos del rostro y hacerle una peluca con el cabello de los santos. Fabricaría un cadáver hermoso, con la mortaja de lino y un ataúd forrado de peluche con vueltas de púrpura, y lo pondría a disposición de los gusanos en unos funerales espléndidos. Elaboró el plan con tanto odio que la estremeció la idea de que lo habría hecho de igual modo si hubiera sido con amor, pero no se dejó aturdir por la confusión sino que siguió perfeccionando los detalles tan minuciosamente, que llegó a ser más que una especialista. p.237

Si aceptamos esta posibilidad podría decirse que el impedimento que tiene Amaranta para realizar su amor es este cariño inconsciente por Rebeca y en ese caso, Amaranta la amó a través de Pietro Crespi y sufrió intensamente por esta falta de resolución en las ocasiones en que estuvo a punto de casarse, ya que el motivo le era desconocido y doloroso por lo insalvable.

CAPITULO V

La pareja que analizaremos en este capítulo marca la decadencia de la familia Buendía. Me refiero a Fernanda del Carpio y a Aureliano segundo.

La llegada de Fernanda a Macondo, sus antecedentes, su actitud general, y sobre todo la pasividad con que se aceptan los cambios que establece, indican el desmoronamiento, la falta de vitalidad que la familia muestra ante lo propio y lo externo.

Fernanda era una mujer perdida para el mundo. Había nacido y crecido a mil kilómetros del mar, en una ciudad lúgubre por cuyas callejuelas de piedra traqueteaban todavía en noches de espantos, las carrozas de los virreyes. Treinta y dos campanarios tocaban a muerto a las seis de la tarde. En la casa señorial embaldosada de losas sepulcrales jamás se conoció el sol. El aire había muerto en los cipreses del patio, en las pálidas colgaduras de los dormitorios, en las arcadas rezumantes del jardín de los nardos. Fernanda no tuvo hasta la pubertad otra noticia del mundo que los melancólicos ejercicios de piano ejecutados en alguna casa vecina por alguien que durante años y años se permitió el albedrío de no hacer la siesta ... p.179

Resulta significativo que García Márquez relacione esta actitud decadente con las condiciones climáticas del pueblo de Fernanda, y es que si pensamos, por ejemplo, en una novela como Al filo del agua, se nos hace evidente que los personajes sufren cierto mimetismo en relación al paisaje, y que por ello Cien años de soledad no podía tener otro escenario que Macondo, con su clima tórrido, su tierra fértil, sus naranjos, su luminosidad. Los habitantes de este pueblo no están en absoluto refidos con la naturaleza y se desenvuelven instintivamente, sin problemas éticos o morales; de ahí que aunque la vida sexual no siempre signifique amor se presenta vital, exhu-

berante y como un verdadero y sanísimo placer. En cambio, Fernanda

llevaba un precioso calendario con llavecitas doradas en el que su director espiritual había marcado con tinta morada las fechas de abstinencia venérea. Descontando la semana santa, los domingos, las fiestas de guardar, los primeros viernes, los retiros, los sacrificios y los impedimentos cíclicos, su anuario útil que daba reducido a cuarenta y dos días desperdigados en una maraña de cruces moradas. p. 181

Resulta comprensible que Aureliano segundo, a pesar de que ha ido a buscarla impresionado por la increíble belleza de esta tejedora de palmas fúnebres, educada en escuelas de monjas, que sigue por tradición costumbres obsoletas y que tiene aspiraciones de reina, prefiera el lecho de Petra Cotes, su amante, compañera y protectora.

Sin embargo, a Fernanda no solo le tiene sin cuidado el alejamiento de su marido, sino que le agradece en el fondo que le ahorre el penoso deber de sostener con él relaciones sexuales.

Nada más lejos de esta mujer que el sentimiento amoroso; uno de los impedimentos para que este se dé es su horror al sexo, pero también su egoísmo su actitud hipócrita: no le importa que su marido se acueste con la amante siempre y cuando muera en la cama matrimonial. Este personaje decadente acelera el desmoronamiento de los Buendía: ni Ursula, ni Amaranta le oponen resistencia y logra que se cierren puertas y ventanas, que se coma con manteles largos y cubiertos de plata, convirtiendo el refugio de varias generaciones en la casa-cementerio en la que habitaba con sus padres.

La influencia de Fernanda se deja sentir también en dos de sus hijos, Meme y José Arcadio: la única que se escapa de su dominio es Ama-

ranta Ursula, a quien veremos en el capítulo siguiente.

Hablaremos primero de Meme, la muchacha frívola, consentida por el padre, que de toda la familia es la única que mantiene relaciones con los "gringos" de la bananera.

En este mundo materno por demás opresivo, Meme busca una salida; el padre, que comprende su actitud porque la comparte, no se opone a la madre porque es débil de carácter y a cambio de eso tranquiliza su conciencia saliendo con su hija o permitiéndole hacerlo por su cuenta. No resulta extraño que con estos antecedentes la chica se entregue a Mauricio Babilonia por deseo y sobre todo por capricho, ya que su madre se opone a las relaciones, mostrando por cierto una entrega física que se opone radicalmente a la actitud materna:

Se entregó a Mauricio Babilonia sin resistencia, sin pudor, sin formalismos, y con una vocación tan fecunda y una intuición tan sabia, que un hombre más suspicaz que el suyo hubiera podido confundirlas con una acendrada experiencia. Se amaron dos veces por semana durante más de tres meses, protegidos por la complicidad inocente de Aureliano Segundo, que acreditaba sin malicia las coartadas de la hija, sólo por verla liberada de la rigidez de su madre. p. 247

Pero los firmes principios de Fernanda son indomeñables y no puede permitir las relaciones de su hija con un hombre sin dinero ni posición social que lo respalde. Decide pues, defender su honor sin importarle en absoluto los sentimientos de su hija, como aquella doña Perfecta que Galdós supo describir tan bien.

Por órdenes suyas, aparentemente inocentes, unos guardias disparan contra Mauricio Babilonia que queda paralítico. Meme, desde ese día, enmudece y se deja llevar al convento donde se educara su madre con la indiferencia de quien lo ha perdido todo.

La última vez que Fernanda la vio, tratando de igualar los pasos de la novicia, acababa de cerrarse detrás de ella el rastrillo de hierro de la clausura. Todavía pensaba en Mauricio Babilonia, en su olor de aceite y su ámbito de mariposas, y seguiría pensando en él todos los días de su vida, hasta la remota madrugada de otoño en que muriera de vejez con sus nombres cambiados y sin haber dicho nunca una sola palabra, en un tenebroso hospital de Cracovia. p. 252.

El fruto de esta unión frustrada es Aureliano Babilonia, quien con su tía, Amaranta Ursula, formará la última pareja de la novela.

La destructividad de Fernanda no para en Meme. Su hijo José Arcadio será también una víctima, aunque en su vida intervienen también Ursula y sobre todo Amaranta, la tía abuela.

José Arcadio, que había sido criado para ser papá, es la representación de la más absoluta decadencia. La madre, con su austeridad y sus ideas sobre el sexo, la abuela ya anciana que le infunde temores sobre su conducta, y Amaranta que se vale de él para calmar su soledad, lo marcan para siempre:

Tenía terror de todo lo que lo rodeaba y estaba preparado para asustarse de todo lo que encontrara en la vida, las mujeres de la calle echaban a perder la sangre, las mujeres de la casa parían hijos con cola de puerco, los gallos de pelea que provocaban muertes de hombres y remordimientos de conciencia para el resto de la vida; las armas de fuego que condenaban a veinte años de guerra, las empresas desacertadas, que solo conducían a la locura, y todo, en fin, cuánto Dios había creado con su infinita bondad y que el diablo había pervertido. Al despertar, molido por el toro de las pesadillas, la claridad de la ventana y las caricias de Amaranta en la alberca y el deleite con que lo empolvaba entre las piernas con una bellota de seda, lo liberaban del terror. p. 312

En este párrafo resume García Márquez todas las obsesiones de la familia Buendía, hechos que se dan ya no de una manera aislada, y por ello más fáciles de esquivar, sino que caen con todo su peso, aunado a las inven-

ciones absurdas de la madre, sobre los hombros del último José Arcadio, sin que este tenga ya fuerzas para soportarlo.

Su único paliativo, las caricias sensuales de su tía, contribuirá para que desemboque en la homosexualidad y en su violentísima muerte. Todo se conjuga y lo acompaña más allá de muerto.

Ella (Amaranta) y la mirada espantosa de los santos en el fulgor de la noche, eran los dos únicos recuerdos que conservaba de la casa. Muchas veces en el alucinante agosto romano, había abierto los ojos en mitad del sueño y había visto a Amaranta surgiendo de un estanque de mármol brocatel, con sus pollerines de encaje y su venda en la mano, idealizada por la ansiedad del exilio. Al contrario de Aureliano José, que trató de sofocar aquella imagen en el pantano sangriento de la guerra, él trataba de mantenerla viva en un cenegal de concupiscencia mientras entretenía a su madre con la patraña sin término de la vocación pontificia. p. 311

Cuando Aureliano lo encuentra asesinado en el fondo del estanque José Arcadio continuaba pensando en Amaranta.

CAPITULO VI

La última pareja de la familia Buendía, y la única que realmente realiza el amor, la forman Amaranta Ursula y Aureliano Babilonia. Ambos personajes agrupan en sí mismos todos los elementos de los anteriores miembros femeninos y masculinos de la familia respectivamente; son pues, los indicados para cerrar el círculo final de la stirpe secular.

La entrega va a ser completa y sin conflictos; los dos son sanos y vitales, no guardan rencor contra el mundo, su vida se desarrolla en ámbitos más amplios que en el resto de la familia; en el caso de ella por la vida que ha llevado en Europa; en el de él, gracias a sus libros y a su natural sabiduría.

Si la familia Buendía se había entregado al placer físico sin trabas, en Amaranta Ursula y Aureliano se añade a la capacidad de amar una fantasía desbordante. Dudo que haya otro escritor que como García Márquez haya descrito la euforia, el goce inmenso del amor con tanta limpieza y demostrando un deleite personal en las escenas que nos regocijan por su vigor, por el apego a la vida y sus placeres.

El primer encuentro sexual recuerda aquella escena en que se entregan José Arcadio y Rebeca, como sus ancestros se mezclan en:

una pasión inmensa, desquiciante, que hacía temblar de pavor en su tumba los huesos de Fernanda y los mantenía en un estado de exaltación perpetua. p. 340

El amor los envuelve de tal forma que:

Perdieron el sentido de la realidad, la noción del tiempo, el ritmo de los hábitos cotidianos. Volvieron a cerrar puertas y ventanas para no demorarse en trámites de desnudamientos, y andaban por la casa como siempre quiso

estar Remedios, la bella y se revolcaban en cueros en los barrizales del patio, y una tarde estuvieron apunto de ahogarse cuando se anaban en la alberca. En poco tiempo hicieron más estragos que las hormigas coloradas: destrozaron los muebles de la sala, rasgaron con sus locuras la hamaca que había resistido los tristes amores de campamento del coronel Aureliano Buendía y destriparon los colchones y los vaciaron en los pisos para sofocarse en tempestades de algodón.

Aunque Aureliano era un amante tan feroz como su rival era Amaranta Ursula la que comandaba con su ingenuidad disparatada y su voracidad lírica aquel paraíso de desastres como si hubiera concentrado en el amor la indómita energía que la tatarabuela consagró a la fabricación de animalitos de caramelo. Además, - mientras ella cantaba de placer y se moría de risa de sus propias invenciones, Aureliano se iba haciendo más absorto y callado porque su pasión era ensimismada y calcinante. Sin embargo ambos llegaron a tales extremos de virtuosismo, que cuando se agotaban en la exaltación le sacaban mejor partido al cansancio. Se entregaron a la idolatría de sus cuerpos al descubrir que los tedios del amor tenían posibilidades inexploradas, mucho más ricas que las del deseo. Mientras él amasaba con claras de huevo los senos eréctiles de Amaranta Ursula, o suavizaba con manteca de coco sus muslos estáticos y su vientre aduraznado, ella jugaba a las muñecas con la portentosa criatura de Aureliano y le pintaba ojos de payaso con carmín de labios y bigotes de turco con carboncillo de las cejas y le ponía corbatines de organza y sombreros de papel plateado. pp.341-2

Pero entre estos dos personajes sí se da el equilibrio, y si bien hay momentos de absoluto desafuero e intensa entrega física, en la calma hay también lugar para el amor y juntos, sentados en el corredor, recuerdan el pasado para llegar a la conclusión de que "habían sido felices juntos desde que tenían memoria".

En ellos también se da la unión frente a la adversidad, como en el caso de Ursula y José Arcadio, y cuando empiezan los apuros económicos aumenta la mutua solidaridad. Durante el embarazo de Amaranta Ursula, ella y Aureliano:

pasaron los últimos meses tomados de la mano, terminando con amores de lealtad el hijo empezado con desafueros de fornicación. De noche, abrazados en la cama, no los amedrentaban las explosiones sublunares de las hormigas, ni el fragor de las polillas, ni el silbido constante y nítido de crecimiento de la maleza en los cuartos vecinos. p. 346

Por fin nace el hijo, el último eslabón de la familia:

Á través de las lágrimas Amaranta Ursula vió que era un Buendía de los grandes macizo y voluntarioso como los José Arcadios, con los ojos abiertos y clarividentes de los Aurelianos y predispuesto para empezar la estirpe otra vez por el principio y purificarla de sus vicios perniciosos y su vocación solitaria, porque era el único en un siglo que había sido engendrado con amor. p. 346.

Pero los Buendía están marcados de antemano para no ser felices, su vida está escrita en los papelés de Melquiades y Aureliano descubre:

los primeros indicios de su ser en un abuelo concupiscente que se dejaba arrastrar por la frivolidad a través de un páramo alucinado, en busca de una mujer hermosa a quien no haría feliz. Aureliano lo reconoció, persiguió los caminos ocultos de su descendencia, y encontró el instante de su propia concepción entre los alacranes y las mariposas amarillas en un baño crepuscular, donde un menestral saciaba su lujuria con una mujer que se le entregaba por rebeldía. p. 351

Hay varias explicaciones posibles para esta condena inexorable; por un lado habría que pensar que después de una entrega amorosa intensa, transformadora ya nada puede suceder excepto la desaparición de los amantes, el fin de la pareja.

Por otro lado, si para el autor el amor causa "más estragos que las hormigas coloradas" es imposible imaginar una continuidad que se dé en estas condiciones, nada más dejado de las instituciones sociales que reclaman orden y moderación, que esta relación calcinante, apasionada y en gran parte destructiva.

De hecho, el hijo de Aureliano y Amaranta Ursula no había sido concebido para salvar la estirpe, porque el amor del que habla García Márquez no lleva en sí ningún fin específico.

Además, la concepción que tiene García Márquez del tiempo no es lineal, a lo largo de la novela hay repeticiones, como dice Ursula parece que damos vueltas en redondo, los personajes en varias ocasiones tienen la impresión de haber vivido ya determinados hechos, hay muchas veces la certeza de que algo determinado va a suceder, y en realidad ya ha sucedido, porque la historia se dió antes y se dará siempre, pero igual, repetida, circular, los ciclos se cierran en el pasado, en el presente y en el futuro, la única posibilidad es esta, la de los Buendía, por eso "Las estirpes condenadas a cien años de soledad no tendrán una segunda oportunidad sobre la tierra" p. 351

B I B L I O G R A F I A

Fuentes, Carlos, "La nueva novela hispanoamericana", Cuadernos de Joaquín Mortíz 4, México, 1969, pp. 58-67.

García Márquez, Gabriel, "Cien Años de Soledad", Ed. Sudamericana, Buenos Aires, noviembre 1968, 351 pp.

Rodríguez Moregal, Emir, "La Hazafia de un Escritor", en Visión, Vol. 37, 18 de julio de 1969, Núm. 2, pp. 27-31.

Vargas Llosa, Mario, "Novela primitiva y Novela de creación en América Latina", en Revista de la Universidad, Vol. XXIII, junio de 1968, --- Núm. 10, pp. 29-36.

Volkening, Ernesto, "Anotado al margen de "Cien Años de Soledad", en Nueva Novela Latinamericana 1, Col. Letras Mayúsculas, Ed. Paidós, - Buenos Aires 1969, 309 pp.